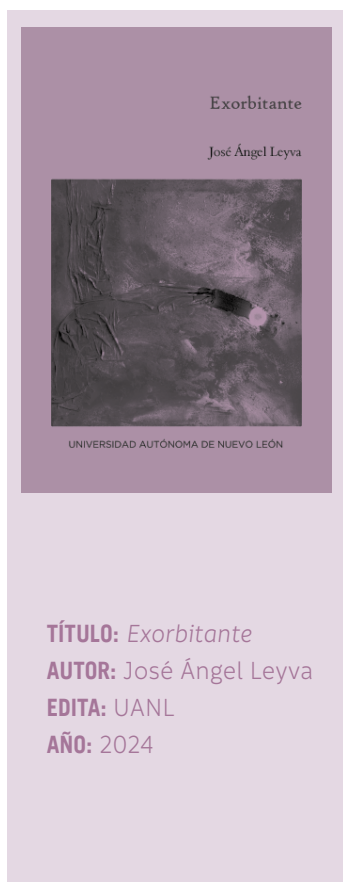


Escribir desde la gravedad de la Tierra



Es súbito el retumbar de la voz, percibirla lleva consigo un cambio brusco que es el papel del receptor; una praxis de otredad, un compromiso con el otro. Quedan entonces a consideración los cambios correspondientes de aquella que no es otra sino la propia, la que lleva consigo geometrías solo perceptibles para el yo a la par de ecos que no resuenan en ninguna pared, pues se han quedado en el lugar designado de lo no dicho. *Exorbitante* construye muros para la palabra y declama la resonancia del individuo frente al vacío. José Ángel Leyva, encarnando al astronauta Víctor Sabinij, mantiene un soliloquio filosófico únicamente accesible

en el *no lugar* que da como resultado la trascendencia que nace por el desarraigo del otro. Una cruz atraviesa este poemario y cuatro secciones fragmentan el pensamiento que involucra la introspección de Sabinij. He podido descifrar que todas pertenecen a las poéticas del exilio, en este caso, uno elegido, pero no exento de dudas sobre si es verídica la naturaleza de haber sido una elección.

En el segundo universal se
 [encuentra el hombre
 Orión persigue a la presa
 [con sus perros

En la *percepción remota* está el gancho inicial dentro de la íntima atmósfera de las

disyuntivas y pensamientos que se plantean al caer en la proscripción de mares, tierras y aire; es el primer acercamiento con el vacío y por lo tanto el primero ante el *entonces* y el *ahora*, el yo contra el otro yo, el cual atestigua su concepción. Lo que queda visible en *la órbita y el centro* es únicamente el borde de la proyección de la luz que se difumina, vemos el comienzo, pero el fin sigue y no concluye; entonces se duda de la trascendencia, ya en la mano las líneas que tiene las leemos. Y no importa si dicen que la vida es larga o no, lo cierto es que es finita, entonces se habla de la valía de la finitud; así tu nombre se escriba en códigos, en libros, en placas de la estatua con tu imagen *hecha cobre y manchada por las aves*, lo cierto es que el silencio es tierra para la sepultura y esa es ineludible.

Leyva escribe desde la *gravedad* de la Tierra y mira al cielo en la trayectoria que tuvo alguna vez un cosmonauta ruso. Hay un corte en el ojo que no sana, la memoria de quien da fe a lo que sucede en la fuerza de atracción que nos ancla al piso. Las pérdidas son historias dolosas, recordatorios de destinos compartidos para quien pese lo suficiente sobre horizontes de piedra. *Sus muertes son los*

exasperados rostros de nuestra vida,¹ decía O. Orozco; Ángel las conoce, son noticias que nos atormentan, cuento distinto para el ruso del espacio y suerte la de él que las ve sin enterarse. En Las Américas el sol sale en el momento adscrito para la catástrofe. Está ante Sabinij *un hilillo de polvo* en terreno azteca y en instancia, el otro que falta aparece. Se desentiende de fronteras y lenguajes, pues la conexión se mantiene en la sensoria desde el ojo hasta las mejillas, estados de emergencia universales mantenemos lutos cuando desconocidos nos sabemos.

En la perpetuidad lopreciado son las cosas efímeras, el recuerdo del pasado convertido entonces en piedra cuando se está fuera del tálamo donde descansas y lo que crees ha cambiado de semia. Leyva brinda planteamientos sobre la relatividad, resignifica el tiempo y su finitud, así como lo tenue y sucinto. La primer cara del exilio es la travesía elegida, más una vez llegado el cosmonauta a casa, concibe las dos restantes; el reflejo, que asimila la condición prosrita como una que siempre estuvo presente, solo visible en el instante del abandono del suelo, y la trascendida, que comprende el

mundo bajo una idea distinta a la original, siendo irreversible. Es entre los versos que se puede encontrar una lectura periférica que ha sido refugio para quienes habitamos los márgenes de lo indecible; voces, pensamientos que da pánico escuchar. Se invita a una reflexión desde el apartado editorial del libro como objeto, pues cada sección está acompañada por las pinturas de Pujol Baladas, quien logra mantener el abstracto del entorno introspectivo de Leyva. Es una lectura que requiere de estado de quietud, pues admitir la trayectoria de lo escrito al lector es un recorrido que no busca conocer el espacio de anonimato que toma como escenario el libro, sino que es un avance a la entraña más honda que repara en nosotros.

Das vueltas en la estación

[donde te mira el hombre
que orbita en otro fragmento

[de la historia

Se mueve de lugar la larva

[antes del fin

Se mueve su misterio de

[música de fondo

No cesa de viajar el rastro

[del silencio

La mortaja insustancial de

[lo que no se come

Se mueve esta luz que nos

[apaga.

Santana Badillo

¹ Orozco, O. (1998). *Relámpagos de lo invisible: Antología*. Fondo de Cultura Económica.